

FLANAGAN BLUES BAND

Capítulo 1: 8 de abril (Miércoles Santo)

Yo estaba jugando con cremalleras.

No recuerdo si estaba subiendo o bajando la cremallera de un vestido maravilloso que lucía Cindy Crawford. A mi lado, Noemí Campbell, Claudia Schiffer, Elle McPherson y otras me reclamaban para que también las ayudara con las cremalleras o con los corchetes de los sujetadores. Estábamos entre bastidores, durante un formidable desfile de modelos en el que también participaban, además de las mejores top models del mundo, las mujeres más guapas de todos los tiempos. Greta Garbo, Verónica Lake, Rita Hayworth, Ingrid Bergman, Marilyn Monroe y, sobre todo, Lauren Bacall conservaban la apariencia de sus años más gloriosos, todas estaban a medio vestir o a medio desnudar y no les importaba que yo estuviera paseando por allí en medio. Muy al contrario, reclamaban mi atención: «Flanagan, la cremallera», «Flanagan, el corchete». Y yo, de retro.

Todo esto soñando, claro, pero os lo cuento para que veáis que Oriol Lahoz no podía ser más inoportuno.

De pronto, me tapa la boca y me provoca un susto letal, y me susurra al oído:

—¡No te asustes, Flanagan! ¿Sabes conducir? ¡No te asustes y di, Flanagan! ¿Sabes conducir?

Abrí los ojos. Oscuridad total. Los números digitales del despertador indicaban que era la 1.12. ¡Prácticamente acababa de apagar la luz! Y no era un sueño, porque no lo era, porque no había confusión posible. Oriol Lahoz había entrado en casa, como un ladrón, a golpe de ganzúa o de fractura, y había recorrido la vivienda de puntillas hasta mi habitación y ahora me estaba tapando la boca y diciéndome que no me asustara e interesándose por mis habilidades como conductor.

—¡Tranquilízate! —también decía—. ¡Que no te oigan tus padres!

—¡Mmmh-mmmh! —replicaba yo, de entrada. Y, luego, en voz baja pero despavorida, cuando me liberó de la mordaza—: ¡Estoy tranquilo, estoy tranquilo!

—¿Sabes conducir?

—¿Se puede saber qué haces aquí?

—¡No me ha visto nadie! He entrado por la puerta lateral.

Ya lo imaginaba. Yo mismo le había mostrado el camino el sábado, hacía cuatro días.

—¡Qué haces aquí!

—¡Necesito que me ayudes! ¡Estoy metido en un lío! ¿Sabes conducir o no sabes conducir?

—¡Sí, sí que sé conducir! —Aquello no era muy exacto. Había hecho algunas prácticas con un trasto que le regalaron a Charche cuando aprobó un examen imposible de aprobar. Sabía dónde estaban los pedales del embrague, el freno y el acelerador, y lo de las marchas, primera, segunda, tercera, la palanca que se movía según el dibujo de una H, pero poca cosa más—. ¡Sí, sí, claro que sé conducir!

—¡Pues tienes que hacerme un favor, Flanagan! —Oriol se sentó en la cama. Yo encendí la luz de la mesilla—. Es un problema... ¿Cómo te lo diría? Doméstico. Sentimental. El otro día, cuando estuve por el barrio, ligué con una chica... Bueno, para abreviar: ahora resulta que está casada... ¿Por qué no te vistes mientras te hablo?

Salté de la cama. Me puse unos pantalones y un jersey sobre el pijama. Después, calcetines y zapatillas de deporte. Y mientras él me contaba la historia de un marido cornudo enloquecido, armado con una escopeta de caza, que había interrumpido el idilio.

—Estaba dispuesto a pegarme un tiro —aseguró con vehemencia—. ¡Y mi coche está aparcado precisamente delante de la puerta de su casa! ¡No puedo volver por allí! ¡Si me ve, me mata!

—Oriol... —resoplé. Así, de pronto, no le creía ni una palabra. Pero es que ni una palabra—. Oriol, por favor...

—¡No, no! ¡Por favor, tú! ¡Tú, por favor! ¡Ve a recuperar mi coche, por favor! —Yo ponía los ojos en blanco, miraba al techo, «¿pero qué pretende este hombre?»—. ¡No discutas más! ¡Es urgente! ¡Toma las llaves! —Me daba las llaves—. ¡Si quieres que colaboremos tú y yo, a partir de ahora, si quieres que te dé trabajo en mi despacho, hazme este favor! ¡Te estaré agradecido para siempre! —Las llaves colgaban de una pequeña lupa en cuyo mango se podía leer lahoz detective privado. Tintineaban porque la mano que las sujetaba estaba temblando. Y Lahoz jadeaba como si estuviera en medio de una sesión de jogging—. El coche está en la plaza de la iglesia. Ya sabes: un Opel Calibra rojo. Por favor: apretando aquí, se abren las puertas. Esta es la llave para arrancar. Por favor. Coges el coche y lo traes aquí mismo, delante del bar. ¡No son ni dos kilómetros! ¡Y a estas horas no hay tráfico en el barrio! ¿Qué puede pasar? ¿Que me lo abolles un poco? ¡No pasa nada!

A ver si nos entendemos. Si no me gustaran las situaciones de este tipo, yo nunca me habría dedicado al trabajo de detective. Me habría colocado de aprendiz en una tienda o me habría ofrecido para pasar trabajos al ordenador. La perspectiva de una aventura como aquélla se me antojaba estimulante y excitante. Y el hecho de que dudara

de lo que me decía Lahoz aún salpimentaba más la ensalada. ¿Y por qué tenía que dudar? A lo mejor, solo me mentía al decir que ignoraba que su amiga estaba casada. Esta faceta de ligón jeta ya encajaba con su personalidad y con su oficio. Y, además, ¿qué podía perder yo? El propietario del coche me prestaba las llaves y me pedía que se lo llevara. Era cierto que yo no tenía carné de conducir, pero si al propietario del coche no le importaba, ¿por qué tenía que importarle a nadie?

—No tengo carné —advertí.

—¡No importa, hombre! —se impacientaba el detective.

Cogí las llaves.

—¡Bueno, pues de acuerdo!

Salimos de la habitación sin hacer el más mínimo ruido. Por nada del mundo quería despertar a mis padres. Últimamente, mi padre está un poco mosca conmigo. Atribuye la ristra de suspensos que traje en las últimas evaluaciones a mis manías peliculeras.

De puntillas al piso de abajo. El bar estaba cerrado. Las calles, vacías.

Eché a andar, paseandito, calle abajo, con la vaga sensación de que tal vez tendría que maldecir el día en que me presentaron a Oriol Lahoz.